

*El problema de España entre dos siglos (XIX-XX)**

Amable FERNÁNDEZ SANZ
(Universidad Complutense)

RESUMEN: La reactivación del siempre vivo problema de España es patente a finales del siglo XIX y principios del XX, con el predominio de una visión pesimista y quejumbrosa. Las soluciones propuestas —sin olvidar sus aspectos positivos— están, a menudo, mediatizadas por una mentalidad esencialista, echándose en falta la hechura de un pensamiento concertante que modele el progreso de España.

Palabras clave: Decadencia, identidad, regeneración, espíritu del pueblo, ideología ensimismada.

ABSTRACT: The reactivation of the allways alive problem of Spain is patent at the end of the XIXth and begnining of the XXth, with the predomi-
nion of a pessimistic and sad vision. The proposed solutions, without forge-
ting its positive aspects are, frecuently, influenced by an essentialistic men-
tality, realizing the lack of a kind of concertant thought that whould model the
progress of Spain.

Key Words: Decadence, identity, regeneration, spirit of the people, to
become absorbed in thought ideology.

* Ponencia del VIII Seminario de Filosofía Española 1997. Departamento de Filosofía III, U.C.M. Con la colaboración de la Dirección General de Enseñanza Superior. M.E.C.

Introducción

A partir del siglo XVII, en el devenir de la historia de España, comienza a ser común en muchos de nuestros intelectuales, críticos con la España oficial, la percepción de una España en decadencia, una España como problema. Epígrafe que engloba una diversidad de cuestiones como la ausencia de un desarrollo científico y cultural y el atraso general con respecto a otros países de Europa, la crisis de identidad histórica, los caracteres nacionales y los nacionalismos y, en general, la sensación de fracaso y postración, y como consecuencia la búsqueda de soluciones diversas.

Ante la complejidad de estas cuestiones, junto al carácter y sentido de las mismas que por su cercanía al “propio sentir” a nadie deja indiferente, no es extraño que hayan surgido, fundamentalmente en los tres últimos siglos, una multiplicidad de escritos y reflexiones no siempre exentos de prejuicios ideológicos y partidismos, que hacen dificultosa y propensa al riesgo de las críticas más diversas cualquier aproximación a la comprensión del tema. Nuestro objetivo, con este estudio, solamente es ofrecer una perspectiva lo más ecuánime posible de la significación que este problema ha tenido, a finales del siglo XIX y principios del XX, en algunos autores significativos de nuestra historia del pensamiento.

En el transcurrir de la historia de España creo que pueden ser destacados cuatro momentos o hechos por su significación e incidencia en el llamado “problema de España”.

El primero viene explicitado por el fenómeno de la contrarreforma y por los efectos nocivos que ésta causó en España, cegando la labor innovadora. Hecho que en nuestro país, según la conocida tesis de Ortega, adquiere más relevancia al ir acompañada de otra circunstancia concomitante, la *tibetanización* o “la radical hermetización hacia todo lo exterior”, que se produce “en torno a 1600”. Un segundo momento significativo viene determinado, a partir de 1789, con la Revolución Francesa y su impacto en España. Un hecho que no sólo delimita el comienzo del mundo contemporáneo, sino que supone una verdadera conmoción política y social y que de un modo u otro obliga a los españoles a definirse: cerrar o abrir puertas, produciéndose una conflictiva disociación entre modernidad y tradicionalismo y convirtiéndose también en un fenómeno de actitudes que marcará en gran medida el resto de la historia de España. A lo largo del siglo XIX este enfrentamiento irá radicalizándose y adquiriendo cada vez más connotaciones ideológicas y políticas que condicionan todos los ámbitos de la vida española, desembocando

con frecuencia en enfrentamientos violentos entre dos bandos, entre “dos Españas”. Un tercer hecho relevante lo constituye el llamado “desastre del 98” que, junto al fracaso de la Restauración canovista y los factores propios de la crisis de fin de siglo, sensibiliza especialmente a nuestros intelectuales y reactiva la preocupación por el “problema de España”. El cuarto momento vendría marcado por la guerra civil y su significación de enfrentamiento dramático y cainita. Oficialmente el *problema* dejó de existir desde la óptica del nuevo orden vencedor. España volvía a recuperar las esencias de nuestro pasado más heroico. Muchos de nuestros intelectuales¹, sin embargo, siguieron preocupándose por descubrir las raíces y causas del supuesto “problema español”. La mayoría de ellos, aun en la diferencia, todavía compartían un mismo marco de referencia: el de las esencias y caracteres nacionales. Hasta comienzos de los sesenta, con autores como Francisco Ayala, Caro Baroja y, sobre todo, José Antonio Maravall, no se produce una verdadera desmitificación de la contaminación esencialista que embargaba al manido problema de España.

Así, pues, nuestra tesis es que existe una fuerte correlación entre los máximos momentos —no sólo los señalados— de tensión social y política y la preocupación de nuestros intelectuales por la búsqueda de una identidad nacional, a través generalmente de una supuesta modernización. Y decimos supuesta porque esta modernización no supone, a menudo, una transformación real que posibilite el progreso de la nación que se percibe atrasada y decadente. Por ello la búsqueda de la identidad nacional, como solución escapista y personal, que se manifiesta en algunos de nuestros intelectuales —principalmente algunos de nuestros autores del 98— podría llevarnos a hablar de una canalización defectuosa de energías o, en términos más freudianos, de un mecanismo de defensa compensatorio para evitar la frustración. En todo caso, a esta vía también es inherente una función crítica innegable, pero no fomenta el progreso y el cambio social², por el contrario, general-

¹ Para una síntesis de las posturas de algunos de estos intelectuales es relevante el libro de Elías DÍAZ, *Pensamiento español en la era de Franco (1939-1975)*, Madrid, Tecnos, 1992, (2ª edición).

² Esta postura no es compartida por todos los estudiosos del tema. Recientemente, el profesor Ciriaco Morón, afirmaba: “Vista la historia de nuestro siglo, parece obligado reconocer que la obsesión con el “alma” del pueblo y con la salud, enfermedad y muerte de España produjo un vuelco en las clases dirigentes y una serie de reformas educativas y sociales de las cuales vivimos todavía”.

(MORÓN ARROYO, C.: *El “alma española”*. *Cien años de inseguridad*. Oviedo, Ediciones Nobel, Colección Jovellanos de Ensayo, nº 10, 1996, p. 45).

mente, sólo sirve de refugio estético y paraliza la acción. Naturalmente al lado de la postura de los que se quedan en un mero criticismo, está también la de aquellos que desde una posición crítica y de desánimo ante la España decadente son capaces de formular alternativas modernas —sin que ello signifique partir de cero abandonando lo valiosamente construido— con el fin de dinamizar y cambiar realmente la situación española.

Otra cuestión que se hace imprescindible resaltar hace referencia a la noción misma de identidad nacional. La proliferación de libros y trabajos de investigación ha abierto vías y allanado el camino para la comprensión, pero no ha eliminado la posible ambigüedad que encierra, dependiendo de que el punto de vista que se adopte sea puramente político o más bien cultural, o que la nación o Estado sea emergente o histórico, o cuando no se deslinda de los prejuicios ideológicos. En rasgos generales coincidiríamos con el hispanista norteamericano Inman Fox, quien, junto a otros estudiosos, mantiene la tesis de que la identidad nacional no preexiste, sino que es un “artefacto cultural”, una “invención” o una “ficción”³. Únicamente matizar que nosotros creemos que es más adecuado emplear el término “construcción” porque refleja mejor el carácter dinámico y acumulativo de la historia de los pueblos, y, en castellano, no es enteramente equivalente a los términos “invención” o “ficción”. Así mismo, para Inman Fox, el problema de la identidad nacional adquiere su verdadera carta de naturaleza, en España y Europa, con el surgir del Estado liberal hacia mediados del siglo XIX y desde entonces las indagaciones sobre el pasado, la identidad del pueblo y la política van a convertirse en una obsesión constante de los españoles, aunque la interpretación de la historia nacional variaba de acuerdo con las dos vertientes más relevantes del liberalismo español del siglo XIX: la moderantista y la progresista⁴. Solamente añadiríamos a la tesis de Inman Fox —aparte del posible reduccionismo entre identidad nacional y liberalismo decimonónico— que si bien la interconexión entre conceptos como “nación”, “identidad” y “cultura”, alcanzan su pleno desarrollo en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, bajo la clara influencia del idealismo alemán y las interpretaciones científicas de los caracteres o mentalidades nacionales, tenemos además, en España, un verdadero adelantado en el siglo XVIII: Cadalso, con el que años más tarde enla-

³ INMAN FOX, E.: “La invención del pueblo: nacionalismo y cultura nacional en España (1868-1936)”, publicado en la revista *Sistema*, nº 129, noviembre de 1995, p. 25.

⁴ *Ibid.*, p. 34.

zará Larra y la generación del 98, sin cuya referencia quedaría incompleta cualquier interpretación del “problema de España”.

La crisis de la Restauración y el desastre del 98: La necesaria búsqueda de una identidad nacional

Aunque no vamos a entrar aquí en su análisis, el período comprendido entre la Revolución de 1868 y la Restauración de los Borbones en 1874 constituye, sin duda, un marco fundamental para comprender los sucesos que marcarán la vida española de finales de siglo. En este período, junto con los acontecimientos políticos y sociales, tienen también lugar planteamientos fundamentales en el llamado “problema de España”. Uno de los personajes que no puede dejarse de mencionar es Pi y Margall. Para él la solución al problema nacional pasa por el **federalismo**, como la mejor fórmula que se adapta a los pueblos de España. Su intento consistió —según Antoni Jutglar— “en fundamentar su teoría de la unidad en la variedad, unidad en la federación, que era precisamente la superación de los defectos de la unidad uniformizada”⁵. Defiende también un **iberismo** que está muy presente en la izquierda decimonónica y que llega a su máximo cénit en el período de 1868-74 y que tiene también su correspondencia en el lado portugués; fenómeno que ha estudiado el profesor Teodoro Martín y a cuyo estudio nos remitimos⁶ por no ser posible exponer aquí.

Posteriormente el doctrinarismo de Cánovas del Castillo será otro intento, muy distinto, de buscar remedio, en la política, a la decadencia española. No puede olvidarse que Cánovas a su faceta de político une la de historiador. Considera necesario restaurar la Monarquía Borbónica como eje vertebrador del Estado y como único modo de preservar la unidad nacional. Defiende un nacionalismo centralizado que, como afirma el profesor Abellán, tiene la pretensión de enlazar con el pasado como única ancla sólida que unifíque la conflictiva sociedad española del momento⁷. Un intento que va a fracasar y que

⁵ JUTGLAR, A.: *Pi y Margal y el Federalismo español*, Vol. I, Madrid, Taurus, 1975, p. 284.

⁶ MARTÍN, T.: “El iberismo: una herencia de la izquierda decimonónica”, en VV.AA.: *Cuatro ensayos de Historia de España*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1975.

⁷ ABELLÁN, J.L.: *Historia crítica del pensamiento español*, Tomo 5/I, *La crisis contemporánea (1875-1936)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1989, p. 507.

produce, en ciertos aspectos, efectos contrarios a los que pretendía, como la propia irrupción de los nacionalismos.

El “desastre del 98”, con la pérdida de las últimas colonias, asienta el golpe definitivo en lo más profundo de la Restauración canovista y provoca —junto a otros factores propios de la “crisis de fin de siglo”— el derrumbe del sistema de valores imperante. Esta situación reactivó la preocupación por la decadencia española en la mayoría de nuestros intelectuales, a la búsqueda de una nueva identidad nacional que regenerara España. De la gama de tendencias “de fin de siglo”, dos movimientos destacan por su insistencia en esa búsqueda; por un lado los regeneracionistas, que ya habían surgido en años anteriores, pero que alcanzan ahora su punto álgido; por otro la llamada —no sin muchos reparos— “generación del 98”. Ambos van a ofrecer dos caras, dos perspectivas, de un mismo problema: España. Y ambas perspectivas van a tener gran significación y calado en dos intelectuales destacados de la “generación de 14”: Ortega y Azaña. Una mención merece la llamada literatura efímera o plebeya que tiene cierto auge en la España finisecular y que ha sido comúnmente desestimada por su escaso valor literario, pero que también refleja y anticipa alternativas al problema de España. El mismo Unamuno reconocía su importancia como trasluz de ese espíritu colectivo latente en el alma del pueblo: “Se ignora hasta la existencia de una literatura plebeya, y nadie para su atención en las coplas de ciegos, en los pliegos de cordel y en los novelones de a cuartillo de real entrega, que sirven de pasto aún a los que no saben leer y los oyen”⁸. Dentro de este tipo de literatura debemos destacar, por su conexión más directa con el problema que tratamos, los escritos utópicos y libertarios⁹ que abundan en esta época. De entre ellos merecen significarse *Pensativo* (1885) de Juan Serrano y Oteiza, *La Nueva utopía* (1889) de Ricardo Mella, *El siglo de Oro* (1989) de Marià Burgués, *Acraciópolis* (1902) de Vicente Carreras. En general, estas obras mantienen el esquema clásico de la literatura anticipacionista, es decir, parten de una situación depauperada que reflejaría la España vigente, proponiendo como alternativa una especie de España dorada, donde aparecen como elementos básicos el igualitarismo, la rotación de tareas, la educación integral, economía de la abundancia y la armonía con la naturaleza.

⁸ UNAMUNO: *En torno al casticismo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991, (11ª edición), p. 163.

⁹ Para un acercamiento más profundo al tema es interesante la obra de Luis GÓMEZ TOVAR y Javier PANIAGUA: *Utopías libertarias españolas. Siglos XIX-XX*. Madrid, Ediciones Tuerdo, 1991.

La visión de España desde la atalaya positivista: Los Regeneracionistas

Es conocido que el movimiento regeneracionista es un fenómeno complejo que auna distintos autores, a veces con perspectivas muy distintas, y no exento, como señala Tuñón de Lara, de ciertas ambigüedades: "Es un movimiento de burguesía y clases medias frente a la oligarquía, pero para ser un movimiento ascendente, embrión de un mañana, tiene puestos los ojos en demasía sobre la tradición(...). Tiene también un empacho *cientifista* y una pretensión de *apoliticismo*"¹⁰. Habría que añadir también que como casi todas las soluciones planteadas al "problema de España", los regeneracionistas están imbuidos de un profundo utopismo, o mejor, y para ser más precisos, combinan elementos del arbitristismo¹¹, reformismo y utopismo, buscando una salida a la depauperada España. En todo caso el regeneracionismo como movimiento cobra verdadero sentido en el contexto de la preocupación por la decadencia de España que se agudiza con la crisis de fin de siglo. La respuesta a la crisis no es, en general, escapista o puramente estética¹², debido fundamentalmente a estar impregnados de una mentalidad positiva, muy extendida en la época¹³, que les lleva a utilizar una metodología científista y pragmática. Por ello parten de estudiar las condiciones materiales del país, induciendo remedios. Su lenguaje preferido es el propio de la ciencia médica, imbuidos por una temática heredada del krausismo que consideraba a la sociedad como un organismo vivo, en el caso español degenerado y enfermo, y al que, por tanto, hay que aplicar una terapéutica. A ello hay que añadir, con relativa frecuencia, algunos componentes de retórica y política y abundantes dosis de voluntarismo que configuran la ideología regeneracionista, sin olvidar tampoco el contexto favorable y propenso a la elaboración de "**psicologías nacionales**". Así, una de las obras de más influencia en nuestros intelectuales son los *Discursos a la nación alemana. Regeneración y educación de la Alemania moderna*, de Juan T. Fichte, cuya recepción en España ha sido

¹⁰ TUÑÓN DE LARA, M.: *Costa y Unamuno en la crisis de fin de siglo*, Madrid, Edicusa, 1974, p. 71-72.

¹¹ LAÍN ENTRALGO, P.: *España como problema*, t.II, Madrid, Aguilar, 1956, p. 110.

¹² TIerno GALVÁN en su estudio sobre "Costa y el regeneracionismo" habla de una "desviación nuevamente estética", en *Escritos, 1950-1960*, Madrid, Tecnos, 1971, p. 381.

¹³ NUÑEZ, D.: *La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis*, Madrid, Tucur Ediciones, 1975, pp. 12-14.

estudiada recientemente por el profesor Jacinto Rivera¹⁴. Los *Discursos*, se publican entre 1898 y 1899, La España Moderna, Madrid, y son traducidos y prologados por Rafael Altamira, uno de los intelectuales con más significación entre los regeneracionistas y la generación del 98. Presenta los *Discursos* como una respuesta a la Alemania en crisis, en situación parecida a la España del 98. La obra de Fichte, afirma, “puede servir para curarnos del prejuicio vulgar hoy reinante, que desprecia los elementos que llama “teóricos” en la labor social, confiando la historia a los que considera “hombres prácticos”, faltos de cultura, de ideal, con una práctica mezquina, incoherente, inferior”¹⁵. Con razón Altamira puede ser considerado como un regeneracionista con la mirada del 98. Es decir, en él se sintetizan una mentalidad positiva, propia del regeneracionismo, con la atalaya de unas reflexiones culturales e históricas, de matiz espiritual y ético, más característico de hombres del 98 como Ganivet y Unamuno.

También hay que hacer notar que el regeneracionismo fue algo más que un movimiento o una ideología disponible y fue convirtiéndose poco a poco en un estado de opinión que caló en numerosos grupos sociales, principalmente las clases medias, canalizando el descontento ante la situación política y la España oficial. Se alentaron propuestas de solución que oscilaban entre un autoritarismo salvador y un populismo progresista. Pero con más frecuencia la situación se decantó hacia la opción más conservadora. En todo caso —y que nos preocupa fundamentalmente en esta aproximación al tema— fue característica común de todos ellos la crítica como necesidad patriótica y la búsqueda de una identidad colectiva regeneradora. De ello dan muestra algunos de los títulos significativos publicados en estas fechas como *Los males de la patria* (1890) de Lucas Mallada, *Del desastre nacional y sus causas* (1899) de Damián Isern, *La moral de la derrota* (1900) de Luis Morote, *Psicología del pueblo español* (1902) de Rafael Altamira. Éstos, junto a otro largo número de escritos, nos dan idea de la amplitud de la literatura regeneracionista que no podemos exponer aquí, limitándonos a destacar algunos de los aspectos significativos del problema de España presentes en la obra de Picavea y Costa.

Macías Picavea en su obra *El problema nacional* comienza preguntando-

¹⁴ RIVERA DE ROSALES, J.: “La recepción de Fichte en España”, en *Éndoxa*, Series Filosóficas, n° 7, Madrid, UNED, 1996, pp. 59-114.

¹⁵ ALTAMIRA, R.: “Prólogo” a los *Discursos a la nación alemana*, op. cit., p. 9. Citado por RIVERA DE ROSALES, J.: *Op. cit.*, p. 76.

se “¿Posee España, la patria amada, alientos para seguir viviendo entre los pueblos vivos de la historia? ¿Es mortal, por el contrario, su agonía, y al fin hemos tocado en la víspera de su desaparición como nación independiente, que cual Polonia y Turquía, va a ser repartida y devorada en forma de despojos por sus poderosos vecinos? Y, si hemos de vivir, ¿a qué precio y con cuáles remedios? Y, si no hemos de morir, ¿por qué hemos venido a dar en este trance de muerte?”¹⁶. La respuesta de Picavea va a ser positiva considerando que España no está acabada y hay esperanzas de solución. Ello pasa por descubrir los males que nos aquejan y que han determinado la decadencia, o mejor, la enfermedad de España. Este análisis lo efectúa desde una triple perspectiva: geológica, etnológica y sociológica, de lo que deduce que somos un país pobre y con un régimen pluvial muy desigual, con una agricultura atrasada y una educación deficiente y anticuada, una cultura ideologizada y ajena a los tiempos modernos, un carácter racial defectuoso y una moral pasional, un principio atávico de unidad religiosa y un clero intransigente, una Constitución anticuada y un caciquismo onnipresente. Constatados estos males, Picavea, va a indagar sobre las causas, remontándose hasta la época de Carlos V como iniciador del austracismo, produciéndose una desviación de la normal evolución hispánica y una desnacionalización. Se atrofian los órganos de la vida nacional y se olvida y suplanta la tradición dando como consecuencia una pérdida de la personalidad española y una desorientación total. Ante esta situación, advierte Picavea, España no puede esperar más. Es el momento de las soluciones, del “ahora o nunca” o de la “España rediviva”: “Ante la pavorosa sentencia “España perece pronto, perece totalmente, si pronto, radical y totalmente no se cura y renueva”; ante nuestra desgracia de no deparársenos el hombre capaz de ser artista de ese renacimiento, uno de esos grandes hombres, guías y redentores de pueblos..., la nación española, y en nombre de ella sus elementos conscientes y directores, deben sentir la solemnidad del momento supremo, deben agitarse en el escalofrío intenso de las grandes sacudidas, deben pasar por el espasmo hondo de las crisis renovadoras que transforman la personalidad y cambian su ambiente moral externo e interno, deben sufrir el golpe de la sangre que hincha el corazón y el latido del alma que ilumina el cerebro..., y toda esa transfusión vibratoria y efusiva llenarla con una idea única, la idea de la

¹⁶ MACÍAS PICAVEA, R.: *El problema nacional. Hechos. Causas. Remedios*. Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1899, p. VII.

patria en peligro, y con único verbo de España rediviva. Esta es la ocasión..., ¡o nunca!”¹⁷.

Para este resurgir elabora Picavea todo un programa terapéutico de choque que pasa por restaurar el suelo a través de una actuación agraria, forestal e hidráulica, una educación nacional, libertad de cultos, autonomía regional y municipal, gobierno de concentración nacional, etc. El problema es que Picavea, como se advierte en el texto citado, acaba recurriendo a la esperanza salvadora de un hombre genial, un redentor de la patria, que se convierta en guía del movimiento de renovación nacional.

Pero, sin duda, la figura central del regeneracionismo es Joaquín Costa. No sólo por la cantidad y calidad de sus obras, algunas tan significativas como *Reconstitución y Europeización de España. Programa para un partido nacional*, *Crisis política de España (Doble llave al sepulcro del Cid)*, *Colectivismo agrario en España. Doctrinas y hechos*, o la tan conocida *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: Urgencia y modo de cambiarla*, sino por los planteamientos y las soluciones que aportó y por su influencia en los intelectuales de la época, en el grupo del 98 y en el propio Ortega y Azaña y su generación.

El camino que va a emprender, Costa, en busca de una nación nueva pasa, como en Picavea, por el análisis de la caída de España, sus causas y sus remedios. Considera que desde el Siglo de Oro nuestra decadencia ha sido continua y uniforme. Desde el siglo XVI las naciones europeas se dividieron en dos bandos; en uno Francia, Inglaterra, Alemania e Italia, que apostaron por la modernidad y el porvenir, en otro, España, estancada en el pasado y resistente al progreso.

En 1906, en el Prólogo al libro del poeta Ramón Sánchez Díaz, *Juan Corazón*, encontramos uno de sus análisis más claros y suscintos de la decadencia española. Ésta es fruto no de unas circunstancias fortuitas que pueden acaecer en todo los pueblos, más bien, afirma Costa, “hemos caído por una causa permanente, en más o menos constitucional, porque carecíamos de condiciones para caminar al paso de los demás. Y hasta para tenernos de pie. En esa exploración del alma española se me ha descubierto un espíritu hecho dogma, inerte, rígido, sin elasticidad, incapaz de evolución y hasta de enmienda, aferrado a lo antiguo como el molusco a la roca, que retrocede cuando todos lo acreciantan, que se deja invadir y colonizar el solar propio,

¹⁷ MACÍAS PICAVERA, R.: *Op. cit.* p. 518.

que deja indotados sus servicios, sus adelantos, su existencia, sacrificándolo todo a deudas y cargas de justicia, adscrita al pasado, comida de muertos, sometida a un régimen de necrocacia”¹⁸. Esta radiografía de la enfermedad española impele a Costa a buscar las causas profundas de este mal. Analiza las hipótesis de Lord Macaulay que en 1837 atribuía la decadencia española “al mal gobierno”; la de Darwin que en su obra *Origen del hombre*, apoyándose en Galton y enlazando con su teoría de la evolución encontraba el fundamento de la decadencia española en el celibato y la intolerancia religiosa, en los autos de fe y la inquisición, que habían privado de su parte más selecta a la nación. Tesis que Alfredo Fouillée, filósofo y sociólogo francés, concretaba en la falta de una élite intelectual y moral, de una aristocracia natural que no pudo formarse a causa del exceso de conventos, la conquista de América y el Santo Oficio. Para Costa estas teorías son parcialmente explicativas y por ello recurre a las **teorías oligohídricas** (la escasa fertilidad del suelo conduce a la escasez de población, a la pobreza y como consecuencia la ignorancia) y a las **teorías político-morales** (corolario de la precedente ya que la escasa fertilidad del suelo acarrea la debilidad política y militar)¹⁹. Pero Costa va ir más allá en sus conclusiones al considerar que la causa de nuestra decadencia ha terminado por ser étnica asentando sus raíces “en los más hondos estratos de la corteza del cerebro” y esto sólo puede regenerarse mediante la educación: “nuestra áncora de salvación, si todavía queda alguna para España, está fundamentalmente en reorganizar y crear ‘escuela’”²⁰. Y entiende por esto el implantar en España el vasto sistema docente que tienen otras naciones, como Francia o Alemania. Sólo así podrá España desprenderse de su pasado muerto y de su “infértil heredada cabeza”.

Junto a estos defectos del carácter español, Costa, va a destacar también otros caracteres positivos, “adheridos a nuestra raza”, como la idealidad, la espiritualidad, la nobleza, la seriedad y la solidez de carácter. La recuperación de éstos, junto a la aplicación de su triángulo reformista cuyos vértices son la

¹⁸ COSTA, J.: “Prólogo” al libro de Ramón Sánchez Díaz, *Juan Corazón*, Madrid, 1906. En, Joaquín Costa: *Oligarquía y caciquismo, Colectivismo agrario y otros escritos*, (Edición de Rafael Pérez de la Dehesa), Madrid, Alianza, 1969, (2ª edición), p. 160.

¹⁹ Para un conocimiento sintético de las principales teorías explicativas de la decadencia española es relevante recurrir al análisis que un regeneracionista como Santiago Ramón y Cajal lleva a cabo en *Los tónicos de la voluntad*. (Discurso leído con ocasión de la recepción del autor en la real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, en 1897), Madrid, Espasa-Calpe, 1971, (9ª edición), especialmente el cap. X, pp. 155-185.

²⁰ COSTA, J.: *Op.cit.* p. 166.

europización (desafricanización), la escuela y la despensa, conducirían no sólo a la solución del problema de España, sino incluso a colocarnos a la cabeza de los países más adelantados. Evidentemente, para Costa, la consecución de esta utopía pasa inevitablemente por eliminar las lacras que invaden actualmente a la nación y todas ellas terminan por confluír en el **caciquismo**. Una forma de gobierno que es la causa secular de todos nuestros males y cuyo sistema se sustenta en tres arterias principales: los **oligarcas**, los **caciques** y el **gobernador civil**. A esto, afirma Costa, “se reduce fundamentalmente todo el artificio bajo cuya pesadumbre gime rendida y postrada la nación”²¹. Este entramado caciquista ha terminado por corromper de arriba abajo y de abajo arriba todas las bases administrativas, sociales y políticas del cuerpo español. Por ello, concluye Costa, “que mientras no nos sanemos de esa dolencia, más grave que la miseria y la incultura(...), no seremos, ni con monarquía ni con república, una nación libre, digna de llamarse europea; seremos, menos que una tribu, un conglomerado de siervos”²². El problema es que Costa, como Picavea, en la creencia de la imposibilidad de regeneración de los partidos para poder asumir la construcción de una España nueva y moderna, acaba apelando a un “cirujano de hierro”, a un hombre salvador, sabio, fuerte y autónomo, que pueda “operar” sin dilación en el enfermo y lacerado cuerpo español. Esta actitud le coloca, según afirma Tierno Galván, en una vía prefascista²³. Pero la obra de Costa es amplia y compleja. Algunas de sus aportaciones son susceptibles de ser interpretadas desde la vertiente reaccionaria o prefascista,— sin olvidar que “cirujanos de hierro” también han sido justificados desde posturas pretendidamente progresistas y de izquierdas—. En todo caso no debemos olvidar que las ideas de Costa también ofrecen suficiente marco para una interpretación progresista y liberal e incluso izquierdista²⁴, y no es marginal el Costa del *Colectivismo agrario*. Por ello, sin negar el posible apoyo teórico que los movimientos fascistas hayan podido encontrado en la obra de Costa, nos parece desmesurado establecer un vínculo, como propone el profesor Tieno Galván, con los grupos que originaron el levantamiento de 1936: “es otro grupo generacional quien

²¹ COSTA, J.: *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*, Madrid, Ed. de la Revista de Trabajo, 1975, p. 19.

²² *Ibid.*, pp. 56-57.

²³ TIERNO GALVÁN, E.: “Costa y el regeneracionismo”, en *Escritos (1950-1960)*, Madrid, Tecnos, 1971, pp. 370-371.

²⁴ Véase a este respecto la ponencia “El proyecto modernizador de Joaquín Costa” desarrollada, en este VIII Seminario de Filosofía Española, por el profesor Alfonso Ortí Benlloch.

recoge a Costa, es el grupo generacional que asoció a Costa con el fascismo”²⁵. A ello solamente habría que añadir que puede que haya sido así, pero, desde luego, a pesar de Costa y lejos de la intención global que una lectura sosegada e imparcial nos transmite su obra.

A la búsqueda del Espíritu del Pueblo: La salida a la crisis de la Generación del 98

Es notorio que el 98 tiene varias dimensiones, tanto a nivel internacional como nacional, donde aparecen distintos movimientos y manifestaciones. La más significativa es la llamada por Azorín “generación del 98”, o “grupo generacional del 98” como prefiere matizar Tuñón de Lara. Otros críticos actuales prefieren, con mucha base, hablar de modernismo como movimiento integrador y, desde luego, está superada la famosa tesis de Díaz-Plaja “modernismo frente a noventa y ocho”. Nosotros —admitido el suficiente grado de relativismo— seguiremos aquí utilizando la denominación “generación del 98”, al menos como subgrupo dentro del movimiento modernista, que tiene unas especiales preocupaciones por el problema de España. Sobre este grupo han recaído múltiples interpretaciones fruto de la complejidad que se alberga en su propio seno. Así, por ejemplo, en el terreno político, Azorín, Baroja, Maeztu y Unamuno partieron de posiciones políticas de izquierda caminando hacia la derechización; Antonio Machado y Valle-Inclán evolucionan hacia un radicalismo de izquierdas. Pero, como afirma el profesor Abellán, entre 1898 y 1913, hay un “cruce de biografías”, “indicativo de una preocupación por los mismos temas, de unas actitudes ideológicas similares y de una misma voluntad de estilo: el estilo que empareja al grupo del 98 y por el que éste resulta inconfundible”²⁶. En lo relativo al problema de España en todos se advierte “un dolorido sentir” y una necesaria búsqueda de la identidad nacional.

Como caracterización global, con las debidas matizaciones, nos parece plausible recurrir, por su carácter autocrítico, a la descripción que Pío Baroja lleva a cabo, en 1926, en el ensayo titulado *Tres generaciones*, refiriéndose a la que él prefiere denominar “generación de 1870”, tomando como punto de

²⁵ *Ibid.*, p. 382.

²⁶ ABELLÁN, J.L.: *Historia crítica del pensamiento español*, tomo 5/II, Madrid, Espasa-Calpe, 1989, p. 171.

referencia el año en torno al cual nacieron los intelectuales del 98, —recuérdese que Baroja, contra Azorín, siempre había negado que existiera una generación del 98—. En este ensayo, sin embargo, señala como características básicas de esta generación las siguientes: el carácter lánguido y triste ante una España que naufragaba en el tránsito de la Restauración y las guerras coloniales; el excesivo intelectualismo y utopismo que fueron poco a poco alejándolos de la realidad inmediata. A pesar de ello fue, según Baroja, una generación que pudo salvar a España si, al intento, hubiera unido comienzos de realización. Los caracteres morales predominantes fueron la preocupación por la ética y la justicia social, el desprecio por la política, el individualismo, el hamletismo, el anarquismo y el misticismo; en política se despreciaba el parlamentarismo por lo que tiene de histriónico y se caminaba hacia una crítica de la democracia; las ideas políticas y religiosas se valoraban y respetaban en función del grado de sinceridad de quien las defendía. En resumen, concluye Baroja, fue una época de sincretismo donde tenían cabida todas las tendencias menos la de la generación anterior que se rechazaba plenamente²⁷.

En principio, por el tema que nos ocupa, dos notas consideramos relevante destacar: la visión negativa de la España oficial y el ensimismamiento que les aleja de la realidad. Sobre lo primero baste de ejemplo la ácida crítica que el propio Pío Baroja vierte en *El árbol de la ciencia* sobre la política de la Restauración: “Esta perfección se conseguía haciendo que el más inepto fuera el que gobernara. La ley de selección en pueblos como aquel se cumplía al revés...Era una política de caciquismo, una lucha entre dos bandos contrarios, que se llamaban el de los *Ratones* (liberales) y el de los *Mochuelos* (conservadores). Aquellos bandidos eran los sostenes de la sociedad; se repartían el botín: tenían unos para otros un *tabú* especial, como el de los polinesios”²⁸.

Ideología ensimismada

Si a esta frustración, ante la política de la Restauración, unimos el impacto que para los intelectuales del 98 supone la pérdida de las últimas colonias

²⁷ BAROJA, P.: *Tres generaciones*, “La generación de 1870”, en *Obras Completas*, Tomo V, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948, pp. 574 y ss.

²⁸ BAROJA, P.: *El árbol de la ciencia*, Madrid, Alianza, 1994, (cuadragésima reimpresión), pp. 168-169.

tenemos como resultado el pesimismo y el “dolorido sentir” que les invade. Pero en último término habría que preguntarse ¿era plenamente justificable este “sentido” fracaso? ¿cuál era realmente la verdadera causa? ¿hacia donde los conduce? La respuesta hay que buscarla, según el filósofo español Eduardo Nicol,—no suficientemente conocido y valorado—, en su interpretación del destino de España en términos de poder. Según él, este criterio de poder fue el que llevó a los hombres del 98 a interpretar la pérdida de las últimas colonias como una derrota y un signo definitivo de decadencia. Pero, afirma Nicol, “los intelectuales, por lo menos ellos, no debieran haber concebido la situación en términos de poder, porque suya es justamente la obligación de denunciar esa malicia que empaña las mentes y les hace confundir el amor patrio con la fuerza y el dominio”²⁹.

De esta perspectiva equivocada de pérdida y de conciencia desgarrada de la decadencia surge el sentimiento de soledad y de **concentración hacia dentro**, que ya habían iniciado Unamuno en 1895 con sus reflexiones *En torno al casticismo* y Ganivet en 1896 con el *Idearium español*. Ello condujo a “una ideología ensimismada de signo negativo, pesimista y más o menos recatadamente quejumbrosa”³⁰. Y este ensimismamiento fue precisamente el que impidió, según Nicol, que la independencia de las colonias se percibiera como un beneficio común; como un punto de partida desde el que era posible instaurar una verdadera Hispanidad, desde la libertad y por la libertad. Y este pensamiento ensimismado fue también el que hizo que aspectos aparentemente positivos revelaran un fondo negativo y perturbador: “se exaltó el patriotismo en la autocontemplación; y si acaso la contemplación recaía en algo que no estaba bien, se amaba lo que no estaba bien simplemente porque era parte del ser propio: como si el solo amor redimiera, y la exaltación lírica pudiese hacer buena suplencia de la reforma. La España de los defectos quedaba de este modo sublimada en la España de unas esencias singulares, distintivas, incompartidas. “Los españoles somos así”, y el orgullo buscaba compensación hasta en las taras, con tal de que fuesen típicas. Si los campos eran yermos, los yermos tenían una belleza que exaltaba el alma y abría los horizontes de la aventura”³¹. Estas acertadas reflexiones de Nicol sobre las manifestaciones de esta ideología ensimismada arrojan luz a las intensas

²⁹ NICOL, E.: *El problema de la filosofía hispánica*, Madrid, Tecnos, 1961, (1ª edición), p. 113.

³⁰ *Ibid.*, p. 114.

³¹ *Ibid.*, pp. 114-115.

meditaciones que sobre el problema de España invaden primero a Ganivet y Unamuno y al grupo del 98 y que tienen su continuación —aunque con un matiz más político y cultural— en nuestra generación del 14.

La búsqueda del espíritu del pueblo

En el grupo del 98 la búsqueda de la identidad nacional les lleva, casi siempre, a bucear en torno a la significación de Castilla y del espíritu castellano o nacional. De ello deja constancia Ganivet cuando desde las páginas del *Idearium español* se preocupaba por encontrar las fuerzas básicas que dan forma al **carácter nacional**. Una es el espíritu territorial que se encuentra en la tierra eterna e invariable en que vivimos. La otra es puramente espiritual y sus cimientos están en el estoicismo “natural y humano” de Séneca: “este traje queda adherido para siempre y se muestra en cuanto se ahonda un poco en la superficie o corteza ideal de nuestra nación”³². Junto a ello preconiza Ganivet cerrar las puertas por donde el espíritu español se escapó hacia fuera. La regeneración sólo puede venir de dentro, del interior, desde donde confía Ganivet se va a encontrar la solución al problema de España. La cuestión es que se trata de un camino que conduce casi exclusivamente a una regeneración ideal o espiritual y que, ésta, debe anclar sus raíces en la tradición: “cuanto en España se construya con carácter nacional, debe de estar sustentado sobre los sillares de la tradición. Eso es lo lógico y eso es lo noble, pues habiéndonos arruinado en la defensa del catolicismo, no cabría mayor afrenta que ser traidores para con nuestros padres”³³. Esta y otras razones han llevado a algunos críticos a ver en Ganivet síntomas de una ola de reaccionarismo que va a recorrer también algunos de los planteamientos de Unamuno, Maeztu, Azorín o Baroja.

Unamuno, en su ensayo *En torno al casticismo*, va a pretender, en clara concomitancia con el objetivo de Ganivet, —tal como ha señalado el profesor Antonio Jiménez³⁴— un riguroso análisis que aclare los fundamentos del ser español y del carácter e identidad que le son propios. Los mismos títulos, con que encabeza los cinco capítulos de que consta su ensayo, ya son de por

³² GANIVET, A.: *Idearium español*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996, p. 38.

³³ *Ibid.*, p. 53,

³⁴ JIMÉNEZ GARCÍA, A.: “Unamuno y Ganivet: Reflexiones sobre el porvenir de España”, en *Actas del V Seminario de Historia de la Filosofía Española*, Salamanca, 1988, pp. 373-383.

sí sintomáticos. La esencia nacional hay que buscarla en la tradición, en lo que queda de aquello que pasa. Pero no en la tradición del presente o falsa, sino en la tradición eterna o verdad que se encuentra “en el fondo del ser del hombre mismo”. En íntima conexión se halla el concepto de **intrahistoria**, uno más de los neologismos a que recurre Unamuno para acercarse a la España viva, al espíritu del pueblo, a la historia de aquellos hombres “que a todas las horas del día y en todos los países del globo se levantan a una orden del sol y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna”³⁵. La historia que es apariencia está en continua interacción con la intrahistoria que es profundidad silenciosa, como “las olas” del mar con los “fondos abisales”. Una descripción que hunde sus raíces en la actitud psicoanalítica que pulula por la obra unamuniana. Así, la visión de la intrahistoria parece cercana al inconsciente colectivo de Jung y, de algún modo, al inconsciente individual de Freud. Este espíritu colectivo ha sido anucleado por Castilla y ha dejado su huella en la conformación de una lengua, el castellano, y de una literatura clásica, “castiza”, que tiene su máximo exponente en la literatura del Barroco. Su casticismo será, pues, su intrahistoria, lo que permanece bajo la literatura clásica española y que será el punto de confluencia de todos los componentes del grupo del 98, que proceden en su mayoría de regiones periféricas. Calderón será el que mejor sintetiza el “casticismo” de los caracteres históricos castellanos. Pero el auténtico representante de este fondo colectivo e intrahistórico del alma castellana o hispánica es **Don Quijote**. Cervantes fue un fiel transmisor del alma de su pueblo, y “cada generación que se ha sucedido ha ido añadiendo algo a este Don Quijote, y ha ido él agrandándose y transformándose”³⁶. Es pues, afirma Unamuno, “una mezquindad de espíritu...pretender ahogar con desdenes, burlas e invectivas a cuantos buscan en el libro sentidos más íntimos que el literal”³⁷.

En cuanto a la noción de **patria** —en el contexto de la época del ensayo que citamos— considera, Unamuno, que para que ésta tenga consistencia requiere asentarse no en un conjunto de hechos históricos sino intrahistóricos. Lo que permanece es el cotidiano vivir y la tierra y el paisaje. La patria es pues una vivencia psicológica que se va formando progresiva e inconscientemente desde nuestra infancia. La **nación**, sin embargo, es un concepto

³⁵ UNAMUNO, M.: *En torno al casticismo*, en *Ensayos, I*, Madrid, Aguilar, 1970, (reimpresión de la 7ª edición de 1966), p.38.

³⁶ UNAMUNO: “Sobre la lectura e interpretación del Quijote”, en *Ensayos, I*, p. 663.

³⁷ *Ibíd.*, p. 665.

intelectivo e histórico, con elementos políticos e ideológicos que se va conformando paulatinamente. Hay, pues, dos tipos de patriotismo, uno sentimental y otro intelectual, “dos polos del complejo sentimiento patriótico”³⁸, que se necesitan mutuamente como contrapeso mutuo. Si se acentúa sólo uno de los polos puede caerse en regionalismos exclusivos o en centralismos abusivos. Por ello, para Unamuno, el patriotismo de catalanes y vascos no debe llevarles nunca a renegar de la cultura castellana, sino más bien a intentar catalanizarla y vasconizarla componiendo con ella sus propios valores. La relación no puede basarse como ocurre frecuentemente en puros intereses económicos³⁹.

También Unamuno como los de su generación se esforzó por descifrar los caracteres propios del hombre hispánico. Ello va a ser manifiesto no sólo en su ensayo *En torno al casticismo*, sino también en otros más específicos como *El individualismo español*, *La envidia hispánica*, *El odio español*, o en el mismo *Vida de Don Quijote y Sancho*. Los caracteres intrahistóricos más importantes que nos definen son el individualismo y el dogmatismo. Sobre el primero se asienta nuestro afán de perdurar: “Ese violento individualismo...explica la intensísima sed de inmortalidad individual que al español abrasa, sed que se oculta en eso que llamamos culto a la muerte”⁴⁰. Y sobre el dogmatismo afirma: “Aquí hemos padecido de antiguo un dogmatismo agudo; aquí ha regido siempre la inquisición inmanente, la íntima y social, de la que la otra, la histórica y nacional no fue más que un pasajero fenómeno...Todo español es un maniqueo inconsciente; cree en una Divinidad cuyas dos personas son Dios y el demonio, la afirmación suma, la suma negación”⁴¹. A ellos habría que añadir el cantonalismo o la atomización de nuestra vida social y la insolidaridad, derivados de nuestro individualismo y, por supuesto, la envidia, sentimiento que disecciona con perfección en su novela *Abel Sánchez* y en su ensayo *La envidia hispánica*, donde escribe: “Es la envidia más que otra cosa la que nos ha hecho descontentadizos, insurrectos y belicosos... Somos colectivamente unos envidiosos..., vívese en franca lucha, sin permitir que nadie —fuera de los que en política medran— se sobreponga, y al que tiene la desgracia de llegar sin haber descendido al terreno en que con convulsiones de larvas se agitan las malas pasiones se le

³⁸ UNAMUNO: “La crisis actual del patriotismo”, en *Ensayos*, I, p. 750.

³⁹ *Ibid.*, p. 753-754.

⁴⁰ UNAMUNO: “El individualismo español”, en *Ensayos*, I, p. 449.

⁴¹ UNAMUNO: “La ideocracia”, en *Ensayos*, I, p. 259.

deja solo en las alturas...en la cucaña, para que pronto resbale y se caiga”⁴². Y más adelante refiriéndose a la democracia afirma que en España ha degenerado siempre en “mesocracia”; el pueblo tiende a elegir no a Sanchos o Don Quijotes, sino a curas y barberos; y concluye que “las democracias son envidiosas”⁴³.

Hay otras cuestiones que la limitación de tiempo no nos permite tratar, pero que son relevantes en relación con el problema de España en Unamuno. De ellas convendría destacar la idea de **progreso** y la idea de **uropeización/españolización**. Sobre la primera sabemos que Unamuno en los primeros años nos habla del progreso técnico y material, pero en una segunda fase, —como analiza el profesor José Antonio Maravall, a cuyo estudio nos remitimos para una mayor profundización—, va a buscar el progreso “ni adelante, ni hacia arriba, sino adentro. Esto supone la larga etapa de la idea de progreso espiritual, y, con éste, al cobrar tanto valor la idea de civilización, o mejor, —como él advierte— de civilidad, aparece el concepto de progreso civil. Todavía llegará a poner un último esfuerzo en ligar de algún modo el progreso y la religión. Todo ello, entrecortado por fases pasajeras de repudio al progreso, de odio al mismo”⁴⁴. La otra cuestión hace referencia a Europa, a la que Unamuno, en principio, no ve como solución al problema de España, de ahí sus disputas con Ortega y Gasset. De todas formas esta postura debe de ser matizada dada la complejidad del pensamiento de Unamuno. Ello lo ha hecho muy bien el profesor Luis Jiménez Moreno en su trabajo “El hispanismo unamuniano en la europeización”⁴⁵, destacando el alcance y significación de la sugerencia unamuniana de “españolizar Europa”, “de hacerles tragar lo nuestro a cambio de lo suyo”.

Semejante postura va a defender Azorín. No el primer Azorín, joven y radical, sino el que evolucionó hacia principios más conservadores y hacia un antieuropeísmo. Pero conviene matizar que, al igual que en Unamuno, su antieuropeísmo fue más aparente que real, dado que fue una mera consecuencia de su ahínco por defender y preservar los valores espirituales de la cultura española. Pues, para Azorín, el progreso de España y la regeneración

⁴² UNAMUNO: “La envidia hispánica”, en *Ensayos*, II, p. 409.

⁴³ *Ibid.*, p. 413.

⁴⁴ MARAVALL, J.A.: “Las transformaciones de la idea de progreso en Miguel de Unamuno”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 440-41, Febrero-Marzo, 1987, pp.160-161.

⁴⁵ JIMÉNEZ MORENO, L.: “El hispanismo unamuniano en la europeización”, en el J.L.ABELLÁN (Cordinador): *El reto europeo. Identidades culturales en el cambio de siglo*. Madrid, Trotta, 1994, pp. 143-160.

nacional sólo es posible a base de una **continuidad nacional**. Y ésto sólo es posible, en consonancia con el grupo del 98, recuperando y creando una conciencia de la identidad española. Por ello la obsesión de Azorín será descubrir las características esenciales que definen este espíritu español, encarnado en la intrahistoria del alma castellana, o como señala Inman Fox, recogiendo lo que Ortega y Gasset calificaba de intuición radical de Azorín, “el buscar y sorprender una génesis común respecto a los fenómenos de la vida nacional de España. Y este hecho radical es que España no vive actualmente; la actualidad de España es la perduración del pasado”⁴⁶. Desde esta perspectiva la verdadera causa de la decadencia española estribará, para Azorín, no tanto en nuestra atribuida aversión al trabajo, en las guerras o en el abandono de la tierra, sino en la **ausencia de curiosidad intelectual** por aquello en que se manifiesta más patentemente el espíritu español. En este sentido, en su artículo *Epílogo en Castilla*, concluye: “No hay más aplanadora y abrumadora calamidad para un pueblo que la falta de curiosidad por las cosas del espíritu”⁴⁷.

Para finalizar esta breve panorámica del problema de España debemos señalar, a modo de conclusión, que entre la gama de tendencias de fin de siglo predomina una visión pesimista de la realidad española, en algunos de forma exagerada, en otros con mayor mesura; pero en todos subyace la idea de que la situación es preocupante e inaceptable; actitud que les impele a buscar los rasgos de una nueva identidad colectiva y una regeneración nacional. En algunos las soluciones pasan, incluso, por reclamar la necesidad de un “redentor”. En todo caso se echa en falta la hechura de un pensamiento concertante con respecto al problema de España, que sirva para hilvanar la que se percibía como depauperada y conflictiva sociedad española y, en definitiva, a España misma. Próposito que van a seguir intentando la denominada “generación del 14”, a través, principalmente, de dos intelectuales señeros: Ortega y Azaña.

⁴⁶ FOX, I.: “Introducción” al libro de AZORÍN, *Castilla*, (Edición de Inman Fox), Madrid, Col. Austral, Espasa-Calpe, 1995, (3ª edición), p. 59.

⁴⁷ AZORÍN: *Castilla*, op. cit. p. 305.